

Nuestras ciudades y arquitectura*

Our cities and architecture

Benjamín Barney Caldas

Resumen

Sólo el estudio de nuestras ciudades y arquitecturas permitirá mejorarlas. La geografía las diferenció del resto de Latinoamérica, pero son similares a otras que ignoramos por nuestra dependencia cultural. La historia de su diversificación inicial, modificación posterior y caótica actualidad sobre la que hay que actuar. Su pasado era parte del paisaje, y su estética surgió de pocas funciones y técnicas. Después se agregaron nuevos elementos y lo clásico, muchos materiales y arquitectos profesionales. Su criticado presente es el espectáculo de formas novedosas más sin sentido y ajeno a los centros históricos, pero publicitado por las revistas. Su futuro dependerá de soluciones contextuales y sostenibles, continuando lo ya construido con un nuevo canon y con menos pero mejores arquitectos.

Palabras clave: geografía, historia, cultura, ciudades, arquitectura.

Abstract

Only by studying our cities and their architecture we will be able to

make them better. Our geography has differentiated them from other cities in Latin America, but they are similar to others that we ignore due to our cultural dependence. It is on the story of their initial diversification, subsequent amendment, and chaotic present on which to act. Their past was part of the landscape, and their aesthetics emerged from a few functions and techniques. Afterwards, new and classical elements were added, as well as lots of materials and professional architects. Their criticized present is a display of innovative but senseless shapes that are outside the historic centers but are anyhow publicized by magazines. Their future depends on contextual and sustainable solutions, maintaining what has been already built both with a new canon and with fewer but better architects.

Keywords: geography, history, culture, cities, architecture.

Introducción

Este trabajo parte de una investigación sobre las casas de hacienda y un primer curso sobre el tema, en la Universi-

• Fecha de recepción del artículo: 7 de septiembre de 2008 • Fecha de aceptación: 15 de abril de 2009.

BENJAMÍN BARNEY CALDAS. Arquitecto de la Universidad de Los Andes y Magíster en Historia de la Universidad del Valle. Profesor de la Escuela Internacional de Arquitectura y Diseño, Isthmus, Panamá; y de la Universidad de San Buenaventura, Cali, Colombia. Columnista del diario El País, Cali, Colombia. bbarney@telesat.com.co.

* Este artículo es producto del proyecto de investigación: La Arquitectura de las casas de hacienda en el Valle del Alto Cauca.

dad del Valle, y de una introducción a la arquitectura, en Itshmus, en Panamá. Y su forma actual obedece a un curso sobre la arquitectura en Colombia, en la USB-Cali, al considerar que es inseparable de la de las ciudades para que sea operativa en el taller de proyectos. De otro lado, la historia de las ciudades, como la de Mumford, no se ocupa de las nuestras y, aparte una historia de la arquitectura en Latinoamérica (Gutiérrez, 1992), sólo contamos con las de Panamá (Tejeira, 2007), Colombia (Arango, 1989) y el Caribe (Segre, 2003), faltando Ecuador, Perú, Bolivia y la Amazonia.

El texto comienza con el pasado de nuestras ciudades, sus arquitecturas, sus constantes y sus casas urbanas y de hacienda. Continúa con el presente caos urbano, el pos modernismo y la cultura y la política en ellas. Sigue con su posible futuro, a partir de las nuevas tendencias y ejemplos en arquitectura, los retos actuales y las enseñanzas del pasado y sus leyes eternas; propone un nuevo canon basado en que nuestra arquitectura debería ser en general y en lo posible sostenible, contextual, identificable, emocionante, funcional, amigable, confortable, segura, resistente, modular, flexible, adaptable, renovable, reciclable y finalmente degradable. Y termina con unas conclusiones. La mayoría de la bibliografía es de referencia y sólo la directamente citada tiene la página indicada.

La crítica de ciudades y arquitectura frente a ellas (Argan, 1983), el que los profesores escriban y los estudiantes lean, y su debate en bienales razonadas y públicas, permitiría una teoría para mejorarlas, recuperar el estatus de la profesión y tener un “trasfondo meditativo” sobre lo nuestro, hoy ignorado con vergüenza. Y es urgente pues hay funciones nuevas sin imagen en la memoria colectiva. La geografía y después la historia, como lo dejó en claro Fernand Braudel, conforman lugares en

que se asientan ciudades en un presente que, ya lo dijo Agustín de Hipona, es lo único que existe. Conocer sus características nos permitirá construir bien su futuro, pues su historia es común pero su geografía diferente, y las nuestras están en el trópico y la mayoría en su parte andina.

En el Nuevo Mundo, lengua, religión y arquitectura, muy ligadas, consolidaron el Imperio Español (Chueca, 1979, p 631). Pero el tiempo, climas y paisajes diferenciaron nuestras ciudades del resto de las de Latinoamérica y hoy son como las tropicales y subdesarrolladas de África y Asia, que desconocemos por nuestra dependencia cultural de Europa y Estados Unidos. En Venezuela, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, y en Centroamérica y el Caribe, las temperaturas son parejas a lo largo del año. Caliente, como en Caracas, Panamá, La Habana, Lima, Cali o Manaos; templada como en Medellín, o fría como en Bogotá o Quito, con humedades diferentes.

Las ciudades son con la lengua las grandes creaciones del hombre, y el escenario de la cultura (Mumford, 1938, p11). Hace milenios pasaron de lo natural (el cobijo) a lo cultural (lo urbano). Las de Occidente vienen de Oriente, y las nuestras son una de sus evoluciones actuales (Roth, 1999). Las prehispánicas son posteriores y están en México y Guatemala, y Perú y Bolivia (Hardoy, 1964). De otro lado, aunque su origen común y antiquísimo es evidente y comparten parte de su historia con toda Hispanoamérica, poco a poco cambiaron sus pocas arquitecturas iniciales, y últimamente se modificaron y multiplicaron cada vez más rápido, lo que originó su típico caos actual.

Los españoles trajeron su tradición arquitectónica popular al Caribe en el siglo XVI y de ahí pasó al continente, y después, sobre todo en México y Perú, se agregó el barroco. Aquí también usaron

el trazado ortogonal y loteo regular de sus ciudades militares de la Reconquista Española, y no el fluido espacio libre de los poblados indígenas sobre los cuales emplazaron muchas poblaciones, ni sus incipientes y frágiles malocas o bohíos, y la arquitectura monumental en piedra de mayas, aztecas e incas poco pudo influir, o fue descubierta ya en el siglo XX. Pero nuestras ciudades coloniales sólo tomaron forma posteriormente y después las nuevas repúblicas privatizaron en el XIX su suelo y agregaron nuevos espacios, recientes en Europa, y la tradición clásica. Después, en el XX, se imitó a Estados Unidos.

La edilicia colonial definió nuestra arquitectura premoderna mediante emplazamientos pequeños, bellos en sus grandes paisajes; sólo tres funciones (vivienda, convento e iglesia), tres materiales (tierra, piedra y madera), un sistema constructivo (muros cargueros y arcos, entresijos de vigas y cubiertas de par y nudillo o parhílera) y una estética (mudéjar y renacentista) derivada en parte de ellos. Entrado el siglo XX esta rica tradición dio paso a la construcción y arquitectura modernas, no siempre al mismo tiempo, y pasamos a muchos materiales y sistemas constructivos, de los constructores a los arquitectos profesionales, y proliferaron las tendencias. A comienzos del XXI el desarrollo técnico importado sólo sirve para imitar las imágenes de la penúltima moda de las “estrellas” internacionales, y vemos nuestro pasado, pese a que está presente, como simple nostalgia.

Aquí la modernidad no siempre lo fue ni significó progreso, y buena parte de nuestra arquitectura actual es trivial y está influenciando mal el oficio y su enseñanza. Admiramos en fotos edificios sin su contexto pues ya no hacemos viajes de estudio, e ignoramos que son la crítica, el público y el tiempo lo que les da carácter de arte a algunos. Sin sentido de pertenencia y de lo pertinente, no



De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note

nos preocupamos por las realidades de las ciudades en que vivimos, sino por sus imágenes arquitectónicas, y despreciamos las del “subdesarrollo” pese a compartir costumbres, usos, climas, paisajes, problemas y recursos. Imitamos formas que no son tan novedosas pues están limitadas por la geometría, más volúmenes que recintos o entornos, que no son difíciles de hacer pero sí de que tengan sentido (Piano, 2008). Espectáculos que publicitan las revistas internacionales y las que aquí las imitan, pero ajenos allá a los centros tradicionales y cada vez más criticados.

Con el post-modernismo, llegado tardíamente, y los nuevos materiales y sistemas constructivos, muchos jóvenes, olvidando que son arquitectos y no artistas, siguen a Marcel Duchamp; además, sin saberlo que es la intención del artista lo que vuelve arte un objeto. Apremiados por el cambio generacional calcan formas “nuevas”, infatuados por su “espectacularidad”, o repiten las de climas con estaciones olvidando que no las tenemos. Lamentablemente es con este “exteriorismo” (Sarmiento, 2006)

como medios, políticos y empresarios creen “reactivar” las ciudades. Más es apenas un espectáculo que quisiera ser arte pero que no pasa de la frivolidad (Terán, 2008), y que entre nosotros ni siquiera lo invoca. Mientras que afuera ya pasa, aquí está de moda y nos premian allá lo que no conocen aquí, para recobrar la hegemonía perdida después de la Segunda Guerra Mundial.

Además la arquitectura no es apenas estética, técnica y función, sino también emplazamiento, y para peor de males la ignorancia de paramentos, alturas o andenes para conformar ambientes urbanos ha sido fatal en nuestras ciudades. Las buenas intenciones del urbanismo moderno quedaron en tratar de zonificar unos asentamientos que resultan es del negocio inmobiliario y las modas ya pasadas de moda pues su fluir es cada vez más acelerado. Es el mito de un “progreso” que oculta la especulación originada por la privatización del suelo urbano en el siglo XIX, el rapidísimo crecimiento poblacional del XX y su consecuente invasión de carros, puentes y ampliaciones viales.

Habría que volver a diseñar nuestras ciudades y que su estética surja de técnicas adecuadas y emplazamientos que continúen lo construido, sin pensar en estilos para saber qué conservar o agregar (Moure, 2007), respetando el entorno urbano y natural con construcciones que la mayoría no tienen por qué ser “diferentes”, pero sí sostenibles, reduciendo sus residuos contaminantes y su consumo de agua y energía. Retos ineludibles (Behling, 1996) pero cuyo conocimiento, repitiendo a Jean-François Revel, aquí ha sido inútil, pese a que son los nuevos problemas los que demandan nuevas formas. Pero es que no vemos las ciudades como artefactos ni obras de arte colectivo. Las confundimos con lo que pasa en ellas, y nos ocupamos de sus asuntos políticos, económicos o sociales, pero ignoramos lo cultural y carecemos

de instituciones dedicadas a su estudio y normatividad.

Por fortuna surge en el mundo una arquitectura pertinente a sus diferentes geografías, historias y sociedades, que recurre a lo propio sin pastiches ni demagogia y se preocupa por su ética y no apenas por su estética. Que ajusta lo internacional a lo local, cuando es conveniente y viable, o actualiza las tradiciones, si es necesario y posible, a partir de nuevas exigencias. Una alternativa cada vez más recurrente en el ámbito profesional serio, y responsable con las ciudades y su arquitectura. Sería para nosotros un nuevo viejo camino que hace posible lo de verdad no convencional, ahora tan deseado, pero proporcionando identidad y una mejor calidad de vida.

Hay que replantearse el profesional que precisamos, y formar menos pero mejores arquitectos, que entiendan los edificios y las ciudades como obras de arte, pero colectivo. Y hacer talleres de diseño con ese propósito y no la especulación actual con frecuencia frívola. La historia de nuestras ciudades y sus arquitecturas tendría que ser obligatoria, e integral y analítica y no apenas descriptiva y cronológica. La arquitectura debería ser un postgrado, y el pregrado ser en asuntos como el urbanismo, la bioclimática, la teoría e historia o el desarrollo de proyectos, hoy temas de postgrado, y sólo deberían tener licencia los arquitectos que hayan participado en la obra de otros.

El pasado

Nuestras ciudades y arquitecturas vienen del Mediterráneo cuando hace milenios las viviendas se juntaron para protegerlas con una palizada. O a lo largo de un camino, en un cruce o un vado, o al lado de un puerto seguro, para cotorrear y comerciar en mercados y

ferias periódicos. O en un lugar sagrado para acoger y explotar a los peregrinos. O junto a una fortaleza o colina, para un eventual refugio (Mumford, 1938). Casas de naves rectangulares con patios que iban quedando formaron desordenadas manzanas, y se circulaba por lo que sobraba entre ellas, o por las azoteas, (Franchetti, 2008, p. 8). Poco a poco estas “calles” se cruzaron y depararon nuevas emociones en sus recorridos, y definieron las ciudades con unos pocos trazados: lineal, ortogonal o concéntrico y sus combinaciones (Moholy-Nagy, 1968). Y en las más grandes aparecieron arrabales afuera de las murallas.

Nuestras ciudades

El trazado ortogonal que usaron los conquistadores ya lo habían utilizado los egipcios para los campesinos que levantaron las pirámides durante las inundaciones anuales del Nilo, los griegos en sus colonias, los romanos para los campamentos de sus legiones, que originaron tantas ciudades en Europa, y los caballeros medioevales para sus bastidas.

Fundadas casi todas en el siglo XVI, las nuestras sólo tomaron forma en el XVII o XVIII, ya algo modificadas por las Leyes de Indias, con sólo una plaza medio conformada por la iglesia y unas casas, y el trazado virtual de algunas calles que definían manzanas casi regulares ocupadas poco a poco por más viviendas, conventos e iglesias que dejaban enfrente una plazoleta. Sólo en el Caribe se fortificaron algunas (Paolini, 1994), pero siempre estaban rodeadas de ejidos y haciendas, las que a veces las originaron, y habitadas por terratenientes, mineros y comerciantes (Colmenares, 1975, p. 55).

Las nuevas repúblicas privatizaron su suelo, y las clases altas sobrepusieron al estilo colonial español y a las tradiciones sociales heredadas un modelo

nuevo, burgués, norteamericano y europeo buscando el ideal de lo práctico (Safford, 1989, p. 43 y ss y 75 a 122). Agregaron parques, avenidas y alamedas, recientes en Europa, y pusieron de moda lo neoclásico. Después imitamos de Estados Unidos las zonas verdes, autopistas, centros comerciales y, con el gran desarrollo técnico del siglo XX, los edificios altos. Y se retrocedieron los paramentos de las nuevas construcciones para ampliar las viejas calles para los nuevos carros, lo que nunca se logró, pero sí dañarlas irremediabilmente.

Ya a principios del siglo XXI están determinadas por su rápido crecimiento, un transporte urbano de buses privados, taxis y carros particulares, propios de nuestras culturas híbridas (García Canciani, 1990, pp. 130 y 131), y marcadas ahora por la dañina subcultura del narcotráfico. Y por los malos alcaldes debidos a la carencia de cultura urbana de muchos de sus electores, provenientes del campo o pequeñas poblaciones. El resultado es el atropello de los carros, la especulación con el suelo y la vivienda, el irrespeto de los demás, y desorden, inseguridad, mugre, ruido y fealdad.

A diferencia de lo que pasaba antes, arquitectura y ciudades hoy recorren caminos distintos. Ya no son las dos caras de una misma moneda. Los edificios no se suelen proyectar como parte de entornos preexistentes, sino como piezas únicas, y si acaso en espera a que sus vecinos se ciñan a lo nuevo, cosa que por supuesto rara vez pasa. Ni siquiera se respetan los andenes, los que se modifican cuando no se mutilan para acomodarlos a los edificios y no lo contrario.

Sus arquitecturas

En el remoto pasado en lo que hoy es América, como en otras partes, se unieron árboles para conformar refugios cónicos de ramas. Al hincarlas en el sue-

lo, o usar bareque o embutido y soportar en ellos cubiertas de palma o paja, se dio paso a la construcción. Y de ahí a la arquitectura, cuando lo simbólico se volvió su propósito, como pasó esplendorosamente con mayas, aztecas e incas.

Alrededor del Mediterráneo la arquitectura comenzó con la pintura rupestre de cuevas habitadas y con túmulos funerarios que terminarían siendo enormes pirámides. Alzó vuelo cuando grandes dinteles de piedra se apoyaron entre machones monolíticos, como posteriormente en Centroamérica y los Andes, formando ineludibles vanos. Después, a lo largo de muros cargueros de sillares, tapias, adobes o ladrillos, se dispusieron armaduras de madera o falsas bóvedas, cubiertas de tejas o lajas, y aparecieron piedrechos y columnas de fustes únicos o de tambores.

En Egipto se inician los conjuntos de columnas y entablamentos y en Grecia sus órdenes clásicos, dórico, jónico, corintio, toscano y compuesto; adosadas si están junto al muro y pilastras si son parte de él. Con arcos, bóvedas y cúpulas llenaron el mundo romano, y después el Renacimiento y el Neoclásico. Al tiempo los aun no “descubiertos” mayas, aztecas e incas las hicieron de voladizo sucesivo como las de Micenas, que no conocieron, siglos antes (Fletcher, 1998). En la Edad Media los muros se reforzaron con contrafuertes que pronto se separaron y aparecieron los arbotantes, se “apuntaron” los arcos, las bóvedas se “cruzaron” sobre pilares, y agujas y torres reemplazaron las cúpulas. Y el Islam levantó arcos de herradura, cubiertas de par y nudillo y bóvedas nervadas

Los españoles trajeron esta tradición, predominando el mudéjar (la fusión de la hispano musulmana con la recién llegada a la Península Ibérica del Renacimiento italiano), y que conocemos como colonial, a la que agregaron tardía y parcialmente ornamentaciones

barrocas más que espacios. Sus gruesos muros de tapia pisada, sobre cimientos de piedra, cargan cubiertas de madera. Pero sus cubiertas vegetales, presentes en todo el mundo, pronto se cambiaron por tejas y se dispusieron entrepisos de madera que reciben pisos de ladrillo.

Después las vigas se aserraron y se usaron adobes para los muros, arcos de ladrillo y cubiertas de par y nudillo y las paredes se encalaron (Barney y Ramírez, 1994), y con la Independencia se agregaron elementos europeos y eclécticamente lo clásico por su significado republicano (Niño, 1991). Con el siglo XX se comenzaron a usar pórticos y losas macizas o aligeradas de concreto reforzado, como en todas partes (Samper, 2000), y se impuso la construcción moderna y, no siempre al tiempo, la arquitectura moderna o su imitación. Ahora se utilizan también estructuras de metal, entrepisos en *steel deck* y paredes de *dry wall*.

Sus constantes

El emplazamiento, y la función (*utilitas*), construcción (*firmitas*) y estética (*venustas*) de los edificios, definieron la arquitectura desde la antigüedad (Vitruvio, c. 23 aC.). Y desde luego en el trópico hispanoamericano, en donde las formas derivadas de los materiales y sistemas constructivos la diferenciaron de la simple construcción. Con el tiempo se mejoraron las versiones tipológicas tradicionales y surgieron nuevas en respuesta al clima, paisaje, recursos, uso y significado.

Los patios, uno de los espacios arquitectónicos más antiguos que existen pues se remontan a los comienzos de las ciudades, en las que fueron anteriores a las calles, son recurrentes entre nosotros. Residuales en las viviendas pero punto de partida en los claustros (Moure, 2007), son organizadores de circulaciones y accesos, los que se

realizan por zaguanes que los vinculan atravesando las diversas crujías que existan entre ellos.

Para las iglesias se usaron naves separadas del presbiterio por un arco triunfal, a veces falso, y que sólo en algunas iglesias de naves de diferente altura lo es a la vez toral. Las fachadas, a veces con antecapilla para las capillas abiertas o doctrineras, pues no existió el nártex, se rematan con espadañas, o con torres, a veces dobles. Los ábsides, casi siempre medio octágono, aparecen en ermitas o capillas de haciendas, y los atrios son muy raros o apenas un andén amplio más alto que la calle o plaza.

En los conventos y cuarteles se usaron claustros casi siempre de dos pisos, siendo pocos los de tres. Sus patios, más o menos cuadrados, están rodeados por amplios corredores con machones o arcadas o piederechos en los dos pisos, o estos sólo en el segundo. Tienen cisternas o aljibes o vegetación, y después se agregaron fuentes. Sus importantes escaleras están acodadas con el zaguán de entrada, casi siempre a un costado de la fachada.

Para las casas urbanas y las de las cercanas haciendas se siguió el mismo modelo de las construcciones populares andaluzas o extremeñas, y no tienen con ellas diferencias importantes y en muchos casos son sus coetáneas (Télez, 1975, p. III5). Estas son herederas de la fusión de las visigodas con las islámicas (árabes y bereberes), que produce lo hispano musulmán, y, en últimas, de las romanas. La influencia renacentista se ve en su ocasional axialidad y la barroca se centra sobre todo en algunas elaboradas portadas.

Las casas urbanas

Inicialmente predominan las de un piso, pero a partir del siglo XVIII hay bastantes de dos, a veces con entrepiso



Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza.

en el primero, como en Cartagena. Las crujías que dan a la calle están paramentadas y sus alturas varían poco en cada cuadra, conformando barrios homogéneos. Su fachada separa la vida silenciosa de los patios de la pública y animada de las calles, y la altura de sus pocas ventanas facilita la vigilancia del exterior y garantiza la privacidad interior (Vásquez, 1982).

Sus gruesos muros perimetrales son cargueros, de tapia pisada y después de adobes, y los divisorios suelen ser más delgados. Sus pisos de tierra apisonada fueron reemplazados por ladrillos tablonnes de diferentes tamaños y formas. Y los entrepisos son de vigas de madera, redonda o después aserrada, sobre las que van encañados, tablonnes o largos ladrillos, que reciben los pisos de ladrillo asentados en tierra. Las armaduras de sus cubiertas son de par y nudillo recientemente, de parhilera, y su paja inicial, en climas fríos, o palma, en los cálidos, se cambió por tejas árabes de barro.

Las casas se desarrollan alrededor de uno o dos patios, con arbustos ornamentales que les dan frescura en las tierras calientes, y tranquilidad en todas, unidos por zaguanes, y terminan en un solar con huerta y frutales. Sus crujías agrupan recintos uniformes, indiferenciados y en hilera, para salones y alcobas, unidos por amplios corredores, alrededor de los patios, en los que en el día se lleva a cabo buena parte de la vida doméstica.

Se caracterizan por su recogimiento, silencio y sorpresa en el recorrido gracias a sus luminosos patios, y sombreados corredores, y sus gruesos muros de profundos vanos. Su acceso se realiza a través de un gran portón y el subsiguiente y penumbroso zaguán que separa y une la ciudad, bulliciosa y pública, con el interior, íntimo y privado (Rueda, 1975).

Su estética, austera pero eficaz, es de fachadas planas y blancas en las que se insertan irregularmente portadas, puertas y ventanas enrejadas y las fuertes sombras de balcones, tejadillos y aleros de las pesadas techumbres rojo oscuro, de marcadas texturas, que las coronan y separan del cielo lechoso al que apuntan. Adentro, el ocre de los pisos y la sombra propia de los muros de los corredores contrastan con los que resplandecen junto al gris de los empedrados de los patios.

Las casas de hacienda

Las haciendas son comunes a unos países en los que la tierra ha jugado un papel principal económica y socialmente (Colmenares, 1975, pp. 60 a 65), y sus casas constituyen un símbolo señorial en el paisaje cuando el latifundio se transforma, con las reformas borbónicas del siglo XVIII, en una verdadera unidad productiva. Muchas son verdaderos conjuntos urbanos, con capilla, baño, pesebreras y un trapiche, unidos por

amplios corrales marcados por portadas, y llegaron a generar poblaciones.

Eran parte fundamental de la vida de las pequeñas villas coloniales, pues los hacendados participaban de sus rituales, como la Semana Santa, pero aunque tenían casas permanentes en ellas solían pasar largas temporadas en sus haciendas, a pesar de las ordenanzas de la corona española para que habitaran en las ciudades, y de hecho en las encomiendas iniciales estaba prohibido que vivieran allí los encomenderos.

Todas las poblaciones estaban rodeadas de haciendas, y aun muchas lo están, localizadas después de sus ejidos, y su relación con estas, en el caso de las más próximas, era cotidiana y activa. Se llevaban productos, principalmente alimentos, que en el caso de la leche constituía un intercambio diario, y desde las ciudades llegaban a sus más amplias y confortables casas, desde abogados, médicos y curas hasta costureras, como se lee en María de Isaacs o en *El Alférez Real* de Palacios.

Construidas igual que las urbanas, siguen el mismo modelo de los cortijos andaluces, pero son más modestas y con características propias de cada lugar. Sus patios, aquí abiertos al paisaje y al clima, tienen acequias, y sus corredores periféricos, inicialmente o corredores parciales, después, les confieren una bella secuencia de lo cerrado y pesado de sus primeros pisos o sus altos zócalos, a lo ligero y oscuro de sus corredores, y de nuevo a lo pesado de sus techumbres (Barney y Ramírez, 1994).

Las grandes haciendas que rodeaban las poblaciones generalmente jugaron un papel definitivo cuando estas crecieron. Y cuando crecieron muy rápido, su paso de tierras valoradas para la agricultura o la ganadería, a tierras urbanizables, se volvió un gran negocio que determinó la forma como se exten-

dieron muchas de nuestras ciudades, la que lamentablemente no fue la mejor, e incluso se privatizaron sus ejidos y posteriormente se los construyó.

El presente

Lamentablemente olvidamos nuestras tradiciones cuando en el siglo XX proliferaron los nuevos materiales y sistemas constructivos, y las recién creadas oficinas de planeación no se ocuparon de mantener la belleza, funcionalidad y sostenibilidad de nuestras ciudades, sino de adaptar mal las normas de países desarrollados y con climas, paisajes y tradiciones diferentes. Y últimamente se multiplicaron las escuelas de arquitectura comprometiendo con ello su calidad y graduando centenares de arquitectos, cuyo solo diploma los autoriza a ejercer, que imitan modas internacionales y técnicas importadas, creyendo que patios, tejas o arcos no son “modernos”. Es un falso progreso que pretende ocultar con imágenes el impacto de los carros y la especulación con el suelo urbano debida a su privatización después de la Independencia y rapidísimo poblamiento posterior.

El caos urbano

Por supuesto, la mayoría de la población actual del país no se puede dar cuenta cabal del caos de sus ciudades pues simplemente no las pudieron conocer cuando apenas comenzaban a serlo, ya que fueron sus padres y abuelos los que migraron de los campos o pequeñas ciudades. A lo que se suma el aceleramiento en todo sentido que se ha dado en el mundo en las últimas décadas del siglo XX cuando tantas cosas han cambiado y tan rápido. Los espacios urbanos, si bien resultan del funcionamiento de las relaciones sociales, también las reproducen y condicionan (Vásquez, p. 15).

Ahora, y pese a las buenas intenciones del urbanismo y la arquitectura modernos, nuestras ciudades resultan es de la especulación de promotores que atropelladamente ocupan el suelo sin otra consideración que su pronto beneficio monetario (Sarmiento, 2006). Y de estirar sus perímetros a favor de unos cuantos terratenientes, que así multiplican el valor de su tierra sin invertir nada, lo que queda en manos de los contribuyentes mediante el impuesto de valorización.

Ignorando el tamaño y densidad apropiados para que vuelvan a ser bellas, estimulantes, funcionales y sostenibles, las administraciones municipales, en general corruptas, incultas y sin conocimientos de lo urbano, se dedican solamente a repartir el erario entre los que los apoyan mediante obras públicas principalmente para los carros, muchas innecesarias o mal diseñadas y construidas. Es el caso extremo de Cali en las últimas décadas.

De otro lado, la arquitectura espectáculo actual, como se la ha denominado en otras partes, es la favorita de medios y empresarios que persiguen reactivar la economía y las ciudades mediante la arquitectura, y que quisiera sólo ser arte pero que en realidad apenas vaga sin rumbo por la frivolidad (Terán, 2008), y entre nosotros ni siquiera lo invoca. Sus cultores se autopromocionan en ciertas revistas y aspiran como sea a los premios de las bienales para obtener contratos jugosos.

Y están tan preocupados por la escenografía que ya se habla de “exteriorismo” (Sarmiento, 2006), el que pronto pasará a la historia pero que entre nosotros lamentablemente aun está de moda pese a nuestros problemas medioambientales ya evidentes, que demandan atención. Pero somos dados a ser infatuados por las formas “espectaculares” que para peor de males aquí

se calcan sin imaginación en edificios que por lo demás pronto modificaremos como si fuéramos ricos.

El posmodernismo

Todo comenzó con su cuestionamiento desde el momento en que lo consagró la Bienal de Venecia de 1980 (Norberg-Schultz, 1980). Su aspecto liberador (Barney, 1980), su estética (Venturi, 1972) y su compromiso con las preexistencias urbanas (Rossi, 1971) pronto cayeron, más que en su vulgarización, como había pasado con la arquitectura moderna, en su vulgaridad, cuyo último coletazo veinticinco años después fue el “deconstructivismo”.

Sus imágenes novedosas, que anunciaban un futuro prometedor, eran las buscadas por una sociedad consumista que necesitaba la representación de su poder y mostrar su éxito económico, social y político, además aburrida de tanta vulgarización de la arquitectura moderna. Pero pronto se derivó a una frivolidad decadente, atrevida, efectista y esencialmente formalista, que nos hizo echar de menos lo moderno (Terán, 2008).

Lamentablemente lo que se vislumbró como una herramienta útil para salirle al paso a la vulgarización de la arquitectura moderna, y que algunos pensaron que nos permitiría retomar nuestros valores tradicionales, pronto cayó en sus peores desviaciones. Tanto la promoción burda de lo colonial con el “guatavitismo”, como el libertinaje de las formas, tonto por lo demás, cuando todo se volvió válido y el desarrollo constructivo lo hizo construible.

Además, con la caída del Imperio Soviético la inevitable globalización, iniciada con el descubrimiento de América, agudizó la crisis de la arquitectura y su actual espectáculo forma ya parte de ese narcisismo colectivo que compensa

la impotencia social, del que habló Teodoro Adorno. Arquitectura espectáculo preferida por los dependientes culturalmente, o sin experiencia para dar una salida innovadora a las inevitables y cada vez más cercanas pulsiones generacionales de cambio.

Ya a principios del siglo XXI muchos de los numerosos arquitectos que graduamos en estos países sólo ven las imágenes de las estrellas internacionales en las revistas españolas, pues hasta allá pocos van, y si van no saben mirar, que nos muestran su escalada hacia el mundo desarrollado. O en las publicaciones que aquí las imitan, pese a que las hay buenas en algunos de los países con los que compartimos geografías, historias y circunstancias, pero que nadie se ocupa de traerlas.

Cultura y ciudad

Tal como las encontramos en la historia, dice Lewis Mumford, las ciudades son el escenario de la cultura y el punto de concentración máxima del poderío y la cultura de una comunidad. Junto con el idioma son la obra de arte más grande del hombre. La ciudad prohíja el arte y es arte; crea el teatro y es teatro. Es en ellas donde se formulan mediante el conflicto y la cooperación de las personalidades, los acontecimientos y los grupos, las actividades más significativas del hombre (Mumford, 1938, pp. 11, 14 y 601).

Pero como todo nos llega tarde, y aún estamos dominados por formas que ya no son novedosas sino en nuestra ignorancia, sólo nos preocupa que estén a la moda sin importar que ya estén pasadas de moda. En Bogotá, por ejemplo, la arquitectura llamada “facetada” no pasa de ser un capricho formal, y lo mismo varias de las nuevas bibliotecas de Medellín. En Cali, como todo nos llega

aun más tarde, creímos que tal vez nos salvaríamos, pero no.

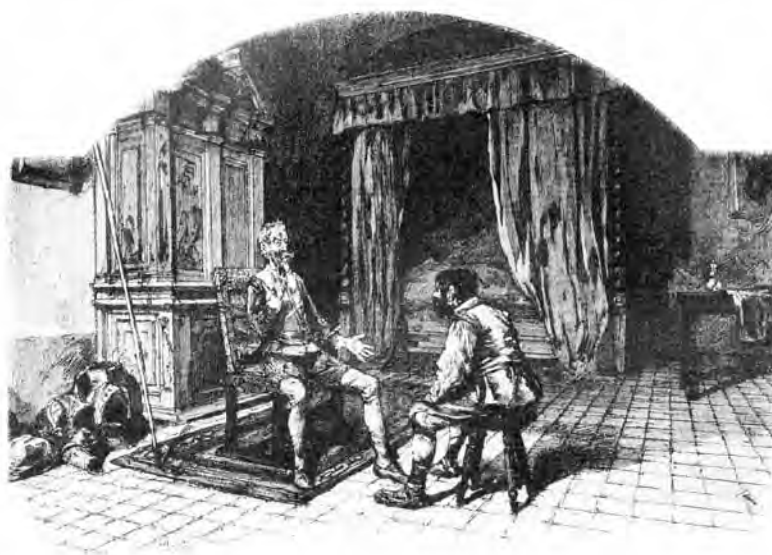
La explicación es que nuestras ciudades y arquitectura son ajenas a la mayoría de sus nuevos ciudadanos que las confunden con lo que en ellas acontece. No las reconocen como artefactos construidos por todos y menos como obras de arte, lo que les parece un lujo prescindible. Carecemos de un ministerio o instituto dedicado a ellas, a diferencia de otros países, y apenas nos preocupamos de sus problemas políticos, económicos o sociales, ignoramos casi siempre lo cultural.

No entendemos que las ciudades han sido siempre y al tiempo artefactos urbano-arquitectónicos, lo que en ellos pasa a sus habitantes, y estos mismos. No nos percatamos de que los programas de gobierno deben reforzarse entre sí en un propósito común. Solamente nos hemos ocupado de las carencias de sus nuevos ciudadanos, y casi siempre apenas de las primarias e independientemente. No nos interesan las soluciones pertinentes a nuestras circunstancias.

Nos tendríamos que ocupar, simultáneamente, de todos sus aspectos, pues en las ciudades todo afecta todo. Principiando por su tamaño, transporte y espacio público, patrimonio construido, equipamiento urbano y vivienda, y el comportamiento de sus habitantes en ellas, complementándose e interactuando. Y actualizar su sistema representativo y adoptar la reelección seguida de alcaldes, y replantear su estatuto político administrativo.

Ciudad y política

Nuestros políticos recurren siempre a los mismos lugares comunes para seducir con promesas irreales a votantes mal informados que sólo reclaman “soluciones” puntuales, o a la moda. Cuando hoy



De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

la mayoría vivimos en ciudades (casi el 80% en Colombia), el espacio urbano y el social son más que nunca inseparables (Vásquez, 1982). Toda propuesta urbana debería considerar los edificios y estos la ciudad.

Habría que demostrarles a los ciudadanos sus problemas reales. Estudiar más nuestras ciudades, arquitecturas y sociedades, punto de partida para mejorarlas. Pero aún carecemos de una historia integral, hoy apenas incipiente y parcial, en tanto que artefactos, del comportamiento de sus habitantes, en tanto ciudadanos, y la de estos como individuos, que los permita estructurar buenos programas de gobierno.

Deberíamos conocer más los países con los que compartimos tradiciones, climas y paisajes; construir una teoría a partir de nuestras circunstancias, incluyendo las influencias que nos llegan, y eliminar lo superfluo. Y entender que en nuestro trópico es la latitud y altura sobre el nivel del mar la que produce diferentes climas que, a diferencia de los de países con estaciones, permanecen

con muy pocas variaciones importantes a lo largo del año.

Todas estas inquietudes surgen a veces entre nosotros pero no las profundizamos, o caemos en lo folclórico o en una supuesta arquitectura “joven” que sigue las modas internacionales, pues muchos han escogido lo supuestamente novedoso, pese a que casi siempre termina siendo lamentable. Culturalmente dependientes, sólo miran, con una prioridad impuesta, la arquitectura norteamericana, europea y japonesa; la del mundo desarrollado.

Y cuando nos ocupamos de lo “nuestro”, buscamos una latinoamericanidad que en arquitectura no existe, y apenas vemos la de mejicanos, argentinos, chilenos y brasileros del sur pese a que tenemos paisajes y climas muy diferentes. Compartimos tradiciones urbanas y arquitectónicas pero aquí vivimos es en el trópico. Y de nuestra lengua, religión y arquitectura comunes sólo persisten las dos primeras, poco afectadas por la geografía.

El futuro

Una arquitectura sin referencia a lo común, en la que lo “novedoso” es apenas extraño y no la evolución del gusto, no pasa de ser una moda. Y como los edificios duran muchísimo, nos obligamos a vivir dentro de una permanente fiesta de disfraces que además no son nuestros. Lo considerado no convencional cambió rápidamente a finales del siglo XX pero no sus leyes basadas en la psicología elemental. Necesariamente lo impactante se desprende de lo ordinario (Greene, 2007, p. 360), so pena de ser estrambótico o simplemente raro. Pero poco a poco nos hemos ido acostumbrando a que lo raro es lo común, y por supuesto esta anomalía cultural forma parte de la violencia que se extendió de nuestros campos a las ciudades en la segunda mi-

tad del siglo XX, cuando se poblaron a la carrera sin darles tiempo a sus nuevos ciudadanos de urbanizarse, quienes se modernizaron sólo en apariencia.

Una nueva tendencia

Parte de las circunstancias de cada lugar (clima, suelo, topografía, paisaje, tradiciones, sociedades, necesidades, gustos, expectativas y maneras de vivir) para establecer determinantes de diseño. Encuentra su autenticidad en lo propio, evitando lo equívoco o falso, y sin caer demagógicamente en lo “nuestro”. Se centra en la respuesta de los edificios a cada ciudad. Usa las tradiciones urbanas, arquitectónicas y constructivas. Se resiste a las modas impuestas.

Es la actualización de las tradiciones, cuando tiene sentido, y el ajustar las tendencias internacionales a las circunstancias locales, cuando es posible. Verdaderamente posmoderna, es una tendencia entre los profesionales más serios. La de los que en Colombia siguen el ejemplo ético y no sólo estético de Rogelio Salmona. Es estudiando nuestro pasado americano y europeo, en un presente globalizado, como se logrará una arquitectura pertinente para nuestro futuro (Barney, 2008).

Los ejemplos

La arquitectura es el arte del espacio y el tiempo, y en ella se ve la mano del arquitecto (Zevi, 1969), pero hay que considerarla a partir de su entorno, sostenibilidad, funcionalidad, resistencia, seguridad, confort, flexibilidad, adaptabilidad y reciclaje, encontrando en estos nuevos retos la poesía que la hace arquitectura y no simple “exteriorismo”. Pero en general no es lo que hacemos desde que los arquitectos, ya formados en las universidades, sustituyeron a los constructores tradicionales.

La arquitectura tropical debería ser importante para nosotros. Como la de Hassan Fathy en Egipto, Sir Geoffrey Bawa en Sri Lanka, Charles Correa y Raj Rewal en la India, Sedad Eldem en Turquía, y otros en Marruecos, Egipto y Corea, Singapur e Indonesia, que fusionan sus tradiciones con las ibéricas del siglo XVI, que comparten con nosotros, tanto como con la moderna y posmoderna.

Y Carlos Raúl Villanueva, Jesús Tenreiro o Gorka Dorronsoro en Venezuela; Álvaro Malo o Luis y Diego Oleas en Ecuador; Luis Barragán y Carlos Mijares en México; Bruno Stagno en Costa Rica; Ricardo Porro en Cuba; Juvenal Baracco en Perú; Gustavo Medeiros en Bolivia. Severiano Porto o Luiz Paulo Conde en Brasil. La mayoría desconocidos pese a que están en la colección SomoSur. Y Rogelio Salmona (Téllez, 1991), a quien no estudiamos como lo deberíamos hacer.

En Cali es importante la reinterpretación a mediados del siglo XX de patios, corredores, calados y lo blanco, realizada por arquitectos como Borrero, Zamorano y Giovanelli (Tascón, 1995) o Lago y Sáenz. A lo que otros, como Samuel García, Heladio Muñoz, Germán Cobo, Rafael Sierra, Francisco Sornoza, Rodrigo Tascón, Jaime Vélez, Oscar Mendoza o Raúl Ortiz, agregaron el uso de nuevo de ladrillos, techumbres o madera, sin duda preocupados por el lugar.

O como Marco Rincón, Mauricio García o el autor del presente texto (Trujillo, 2004), centrados en la conformación de la calle, la respuesta al clima y el uso de lo bueno de la tradición y no de lo malo de la globalización. Y desde luego no es casual que sus trabajos más pertinentes sean remodelaciones, o edificios nuevos pero entre medianeras, en calles ya conformadas, y por supuesto se trata de su actitud, no apenas de la calidad misma de su trabajo.

Los retos actuales

Habría que densificar nuestras ciudades, especialmente sus centros y minimizar sus recorridos, para mejorar su sostenibilidad (Stagno y Ugarte, 2006) y calidad de vida, como se ha realizado en otras partes. Rediseñar los andenes como lo principal de las calles pues estas son las ciudades. Que en los edificios prime su interés urbano, y que los espacios urbanos se diseñen y no apenas vayan resultando, recuperando así para la arquitectura la conformación de las ciudades (Jacobs, 1967).

Que los edificios sean ante todo otra vez sostenibles y contextuales. Que su propósito sea conformar mejores y estimulantes espacios urbanos, evitando equivocarnos en el empeño de que también sean arte (Terán, 2008). Deben ser bioclimáticos. Frescos en los climas cálidos mediante la ventilación cruzada y cubiertas que no dejen entrar el calor del sol, y justo lo contrario en los climas fríos, en los que no se debe dejar salir el calor y en los que se debe impedir el paso del aire.

Como sensatamente lo propone Renzo Piano, hay que buscar una “estética de la sostenibilidad”, producida por un nuevo repertorio de formas generadas por los edificios “verdes” que en un futuro ya encima serán la norma (Piano, 2008), pero diferentes según se alejen de la línea ecuatorial y aumente su altura sobre el nivel del mar. Y que se sumen a lo ya construido en lugar de ignorarlo como si todo fuera a cambiar totalmente.

En pocas palabras, hacer ciudad y no apenas edificios, y parte de nuestro trabajo será el reciclaje de las ciudades y edificios existentes, como lo advirtió hace años el AIA a las escuelas de arquitectura en Estados Unidos. Por eso mismo deberíamos renovar más que construir de nueva planta, entendiéndolo no sólo en la construcción misma

sino en el proyecto arquitectónico. Lograr que lo que hagamos pase casi inadvertido en la ciudad pero sin dejar de emocionar en el edificio.

Las enseñanzas del pasado

Como ya decía Heinrich Hübsch en el siglo XIX, si queremos una arquitectura que posea las mismas características que tanto nos gustan en los modos de construir –reconocidamente bellos– de otras partes o épocas, ha de surgir de nuestros materiales y sistemas constructivos usuales, de nuestras necesidades, fundadas en el clima y la cultura (Varios, 2003, p 624). De nuestras circunstancias.

Entender que al contrario del arte (Gombrich, 1949), lo importante no son los arquitectos sino sus edificios los que sólo a veces llegan a serlo. Pero que juntos conforman una obra de arte con contextos y monumentos del pasado presentes en las ciudades. De ahí la importancia de la historia, no para ser eruditos sino para construir con seguridad, conciencia y creatividad el futuro (Montoya, 2008).

Sin mayor referencia a nuestra realidad, en general los nuevos edificios permanecen ya pasados de moda. Por eso en Cali, por ejemplo, todos sus barrios han perdido su identidad, y desde mediados del siglo XX la ciudad ya no es un todo. Su centro histórico, el más extraño del mundo, está conformado por los recuerdos de lo que allí ya demolimos, y ahora sus bellos edificios de antes son tan pocos que no dejan de tener un cierto halo de falsedad.

Todo comenzó en 1917 con el Teatro Municipal, que se hubiera podido hacer en otra parte y no demoler las casas existentes, pero lo que se quería, además de un nuevo teatro, era cambiar la imagen de la nueva capital de un nuevo departamento. Años después cayó la torre de San Agustín para dar paso a los carros, y

más tarde su amplio y bello claustro y la bella iglesia mudéjar. Y allí sigue, eso sí, el feo estacionamiento verde que reemplazó al importante conjunto colonial.

Habría que partir de nuestra tradición pero para las necesidades y recursos del siglo XXI. Muchas de aquellas aun las mismas mas de estos sólo los pertinentes, para una arquitectura que les dé identidad a las ciudades, respetando su contexto mediante la innovación y los nuevos usos de viejas técnicas y materiales (Richardson, 2001). Un nuevo regionalismo pero sin pastiches (Frampton, 1985).

Las leyes “eternas”

En todas partes las ciudades y pueblos tradicionales son cómodos, duraderos y bellos. Y valorados. Resultan de sus requerimientos funcionales y posibilidades constructivas, y no apenas de una búsqueda formal. Obedecen a cánones establecidos en un lento y colectivo proceso de prueba y error. Incluso la arquitectura moderna, que se distanció de los estilos históricos, creó uno nuevo.

El edificio blanco de planta libre y rectangular sobre pilotes, ventanas corridas, fachadas independientes de la estructura y jardín en la cubierta, posible por el nuevo hormigón armado, fue concebido como lo opuesto a lo tradicional. Como la Villa Savoye de Le Corbusier (1928), una de las obras más influyentes de la arquitectura del siglo XX, que irradió por el mundo su contundente belleza, como en la Casa Domínguez en Cali (1956), ya demolida, de Lago y Sáenz.

Un canon es evidente en todo buen edificio o espacio urbano. Y su gran ventaja es que permitiría que profesionales comunes hagan mejores edificios, como pasó con la arquitectura moderna entre nosotros, llegándose incluso a ejemplos paradigmáticos pese a su conflicto con

la ciudad tradicional. Pero el postmodernismo de la segunda mitad del siglo XX llevó a que se perdiera la noción misma de canon, y no es sino ver el desastre de nuestras ciudades.

De otro lado, los cambios de la gente (Hall, 1966) y sus circunstancias hacen que ciudades y edificios necesariamente cambien (Moneo, 1985), pero deberían hacerlo sin traumatismos. Las expectativas siempre están presentes, por lo que la arquitectura debe facilitarlos. Hay que lograr en su presente un prudente equilibrio entre su pasado y su futuro, aplicando un canon que no destruya las tradiciones, la memoria colectiva ni lo preexistente pero que estimule la evolución.

Otra cosa son los monumentos, que deben permanecer inalterados para que lo sigan siendo (por eso se los destruye cuando se quiere eliminar lo que rememoran). Prohibidos durante la Colonia, los que tenemos, en general pequeños, son para recordar la Independencia, mientras que los modernos son cada vez menos, pobres y discutibles. Y habría que recordar que los de la antigüedad, que se levantaron para la eternidad, son hoy los más bellos (Speer, 1969).

Un nuevo canon

En arquitectura poco es nuevo pero los proyectos se vuelven complejos al desarrollarlos y cambian en la obra. Unas nuevas reglas son necesarias para identificar los ejemplos y seguirlos sin copiarlos (Norberg-Schultz, 1980). Deberían basarse en la teoría del arte y los conocimientos técnicos, mediante modelos, tipos, patrones y normas, en el marco de los hechos culturales, sociales, económicos, políticos, antropológicos, urbanos, arquitectónicos y constructivos de nuestras ciudades. Un canon evolutivo y confrontado por arquitectos, historiadores, teóricos y



Como Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

críticos, que incluya lo tipológico y lo analógico (Broadbent, 1966). Nuestras ciudades tienen que volver a ser construíbles económicamente, habitables confortablemente y bellas para todos, como las coloniales, que aun son lo mejor de nuestro presente en muchos aspectos. Nuestros edificios deberían buscar volver a ser:

Sostenibles, al usar materiales reciclados y sistemas de construcción eficientes, consumir menos energía y agua potable, reciclar las servidas y lluvias y clasificar y compactar las basuras.

Contextuales, al respetar los andenes, seguir las alturas y paramentos de las calles, y continuar sus líneas, superficies, llenos, vanos, ritmos y coloridos.

Identificables dentro de la uniformidad, evitar el anonimato y tedio de la arquitectura en serie, lo que no es incompatible con su construcción económica.

Emocionantes, al utilizar creativamente luces, sombras y penumbras, repeticiones, reflejos y transparencias,

el paso del día a la noche, el correr de la brisa, la caída de la lluvia y los aromas.

Funcionales, al ajustar los edificios al tamaño y movimientos del cuerpo humano, y facilitar su amoblamiento, limpieza, mantenimiento y reparación.

Amigables, al considerar las diferencias de género y edad de sus diferentes usuarios y a las personas con bolsas o maletas o bebés o coches de niños, o embarazadas, niños y discapacitados.

Confortables, al no tener ecos, ruidos, oscuridades o deslumbramientos, o malos olores. Y tener agradables colores, tonos y texturas en sus superficies, y temperatura y humedad en sus espacios.

Seguros, con salidas y escaleras de emergencia según su tamaño, altura y uso, y sin pisos, escaleras, cocinas, baños, barandas, puertas o ventanas peligrosos.

Resistentes a los sismos o huracanes, según el caso, e incendios, minimizando su propagación, y no vulnerables al maltrato, vandalismo o robo.

Modulares y organizados por sus circulaciones, diferenciando los espacios públicos de los privados, y los servidores de los servidos, y subdividibles o agregables, y ampliables o “reducibles”.

Flexibles para poder transformarlos con sólo reemplazar su amoblamiento o moviendo fácilmente divisiones interiores.

Adaptables a otros usos, considerando que los edificios tipológicos y modulares son los mejores en este sentido.

Renovables, pues deben facilitar el cambio parcial o total de sus instalaciones, divisiones interiores, cerramientos o cubiertas, o incluso sólo su apariencia, conservando al menos su estructura.

Reciclables, al usar partes desmontables para reutilizarlas, y prever el uso en la obra de los sobrantes para evitar un exceso de desperdicio.

Degradables, como la arquitectura vernácula que produce bellas ruinas que no contaminan ni dañan el paisaje.

Conclusiones

No pudiendo ser “vanguardia” ni, si es del caso, ser reconocida como tal, buena parte de la actual arquitectura en la región ignora nuestras circunstancias para seguir la (penúltima) moda internacional, lo que lleva a nuestra mala construcción y pésimas ciudades. Pero este caos es el escenario sobre el que hay que actuar para mejorarlas, aun cuando sea apenas consolidando barrios y sectores, con una arquitectura contextual y sostenible, regresándoles el orden, unidad y belleza.

Hay que buscar sus paradigmas en nuestro pasado siguiendo el ejemplo de Rogelio Salmona, quien sumó a la tradición moderna nuestra tradición colonial, lo que ya habían hecho algunos, pero también la prehispánica, logrando con esta fusión centrar su trabajo en el trópico hispanoamericano y en la posmodernidad. Tenemos que considerar los ejemplos arquitectónicos y urbanos más destacados de nuestras ciudades tradicionales, sus paisajes de montañas y sus climas sin estaciones.

En nuestros países, unidos por la geografía, historia y circunstancias, deberíamos hacer una revista común y una bienal grancolombiana de arquitectura, que sea una muestra razonada de lo que hacemos, acompañada de debates. Igualmente deberíamos crear un seminario periódico de arquitectura regional, similar al SAL, y una revista común de Hispanoamérica. Y aprovechar iniciativas como Isthmus en Panamá, para defendernos de los países desarrollados.

Necesitamos una crítica sustentada en una teoría y una historia serias, y un debate culto, amplio y público. Es urgente, pues además de funciones nuevas sin imagen hay un gran avance técnico, pero las formas son limitadas y sólo quedan sus muchas variaciones. Un nuevo canon produciría rasgos definitorios de nuestros edificios y ciudades, identificándonos en un mundo cada vez más uniforme, y permitiría reconocer paradigmas y comprobar innovaciones.

Las ciudades siguen siendo más importantes que los arquitectos, al revés de los artistas actuales, pero su reconstrucción como obras de arte colectivo, más arquitectónicas y con edificios más urbanos, sólo será posible cuando aquellos entiendan que la sostenibilidad y el respeto al entorno preexistente son ineludibles. Que hay que usar nuestro pasado, presente en ellas, para enderezar su futuro, y que es errado congelar la arquitectura en estilos para saber qué se conserva o agrega.

Bibliografía

- ARANGO, Silvia (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. ISBN: 958-17-0061-7.
- ARGAN, Giulio Carlo (1983). *La Historia del arte como historia de la Ciudad*. Barcelona: Editorial Laia, 1984. ISBN:84-7222-432-5.
- BARNEY CALDAS, Benjamín (1980). *Por fin: El posmodernismo* En: *Arte en Colombia* (Nº 12) pp 56 a 59, Bogotá.
- _____, (2008). *Un maestro*. En: *Premium* (Nº 26) pp 34 a 38, Bogotá.
- _____ y RAMÍREZ, Francisco. (1994). *La arquitectura de las casa de hacienda en el Valle del Alto Cauca*. Bogotá: El Ancora Editores. ISBN: 958-36-0004-0.
- BEHLING, Sophia y Stefan (1996). *Sol power*. Barcelona: Gustavo Gili, 2002. ISBN: 968-887-396-9.
- BROADBENT, Geoffrey (1971). *Metodología del diseño arquitectónico*, 1966. Barcelona: Editorial Gustavo Gili S.A.
- CHUECA GOITIA, Fernando (1979). *Invariantes castizos de la Arquitectura Española / Invariantes en la Arquitectura Hispanoamericana*. Madrid: Ediciones Dossat. p 631. ISBN: 84-237-0459-9.
- COLMENARES, Germán (1975). *Cali, terratenientes, mineros y comerciantes: siglo XVIII*. Cali: Universidad del Valle. pp. 55 y 60 a 65.
- FLETCHER, Sir Banister (1998). *A History of Architecture*. Twentieth Edition. London, Architectural Press. ISBN: 0-7506-2267-9.
- FRAMPTON, Kenneth (1985). *El regionalismo crítico: arquitectura moderna e identidad cultural*. En: A&V, No. 3, Madrid.
- FRANCHETTI PARDO, Vittorio (2008). *L'invention de la ville occidentale*, 2008. París: Éditions du Rouergue. p. 8. ISBN: 978-2-8415-6975-5.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990). *Culturas híbridas / Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo. ISBN: 968-419-954-6.
- GOMBRICH, Ernest H. (1990). *Historia del Arte, 1949 y 1989*. Madrid: Alianza Editorial. ISBN: 84-206-7005-7.
- GUTIÉRREZ, Ramón (1992). *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*.

- Buenos Aires: Ediciones Cátedra. ISBN: 84-376-0441-9.
- GREENE, Robert (2007). *Las 33 estrategias de la guerra*, 2006. México: Océano. p. 360. ISBN: 10: 970-777-244-1.
 - HALL, Edward T. (1999). *La dimensión oculta*, 1966. Madrid: Siglo XXI Editores. ISBN: 968-23-333-1574-3.
 - HARDOY, Jorge Enrique (1964). *Ciudades precolombinas*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.
 - JACOBS, Jane (1967). *Vida y muerte de las grandes ciudades*. Madrid: Península.
 - MOHOLY-NAGY, Sibyl. (1970). *Urbanismo y sociedad*, 1968. Barcelona: Editorial Blume.
 - MONEO, Rafael (1985). *La vida de los edificios*. En: *Arquitectura*, No. 356. p. 35, Madrid.
 - MONTROYA FLÓREZ, Olga Lucía (2008). *Comentarios a la lectura crítica de este artículo*. USB-Cali.
 - MOURE, Ernesto (2007). *Espacios y formas residuales*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
 - MUMFORD, Lewis (1959). *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé Editores. pp. 11, 14 y 601.
 - NIÑO MURCIA, Carlos (1991). *Arquitectura y Estado*. Bogotá: Universidad Nacional. ISBN: 958-17-0076-5.
 - NORBERG-SCHULTZ, Christian. (1980). *Towards an authentic architecture*. En: *The presence of the past*. Londres: Academy Editions, pp. 21 a 29.
 - PAOLINI, Ramón (1994). *El Caribe fortificado*. Bogotá: Universidad de los Andes y Escala. ISBN: 958-9057-46-2.
 - RICHARDSON, Vicky (2001). *New Vernacular Architecture*. New York: Wayson-Guptill Publications. ISBN: 0-8230-3199-3.
 - ROTH, Leland M. (1999). *Entender la arquitectura/ Sus elementos, historia y significado*. Barcelona: Gustavo Gili, S.A., 1999. ISBN: 84-252-1700-8.
 - ROSSI, Aldo (1971). *La arquitectura de la ciudad*, 1968. Barcelona: Gustavo Gili.
 - RUEDA, Jorge y GIL TOVAR, Francisco (1975). *La casa colonial*. En: *Historia del arte colombiano*, T. III. Bogotá: Salvat. ISBN: 84-345-3576-9.
 - SAFFORD, Frank (1989). *El ideal de lo práctico / El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional / El Ancora Editores. ISBN: 958-17-0053-6 y 958-9012-39-6. pp. 130 y 131.
 - SAMPER MARTÍNEZ, Eduardo (2000). *Arquitectura moderna en Colombia*. Bogotá: Diego Samper, Ediciones. ISBN: 0-9687529-0-X.
 - SARMIENTO, Jaime. *La arquitectura de moda*. Publicado en la red el 05/09/ 2006, y consultado el 14/12/2006.
 - SEGRE, Roberto (2003). *Arquitectura antillana del siglo XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. ISBN: 959-03-0129-0.
 - SPEER, Albert. (1969). *Memorias*, Barcelona: Plaza & Janes.
 - STAGNO, Bruno y UGARTE, Jimena (2006). *Ciudades tropicales sostenibles*. San José: Instituto de

- Arquitectura Tropical. ISBN: 9968-9946-6-9.
- TASCÓN, Rodrigo (1995). *La arquitectura de Borrero, Zamorano y Giovanelli*. Cali: Fundación Civilis.
 - TEJEIRA DAVIS, Eduardo (2007). *Panamá, Guía de arquitectura y paisaje*. Panamá: Sevilla, Junta de Andalucía, IPT y Gobierno de España. ISBN: 978-84-8095-518-8.
 - TÉLLEZ, Germán (1975). *La casa de hacienda*. En: *Historia del arte colombiano*, T. IV. Bogotá: Salvat. P. 1115, ISBN: 84-345-3577-7.
 - _____, (2006). *Rogelio Salmons*. Bogotá, Fondo Editorial Escala. ISBN: 958-97473-3-7.
 - TERÁN, Arturo G. (2008). *El arte en la arquitectura de hoy hacia mañana*. En: *La voz de Asturias*. 11/03/2008.
 - TRUJILLO JARAMILLO, Sergio (2004). *Encuentros y desencuentros*. En: *Arquitectura en Colombia y el sentido del lugar / últimos 25 años*. Bogotá, SCA. ISBN: 958-97536-0-4.
 - VARIOS. (2003). *Teoría de la arquitectura, del Renacimiento a la actualidad*. Colonia: Taschen. ISBN: 3-8228-2522-0. p. 624.
 - VÁSQUEZ, Edgar (1982). *Historia del desarrollo urbano de Cali*. Cali: Universidad del Valle. pp. 15 a16.
 - VENTURI, Robert (1966). *Complexity and contradiction in architecture*. New York: The Museum of Modern Art.
 - VITRUVIO POLIÓN, Marco Lucio (1995). *Los diez libros de Arquitectura*, c. 23 AC. Madrid: Alianza Editorial. ISBN: 84-206-7133-9.
 - ZEVI, Bruno (1969). *Architettura in nuce*, 1964. Madrid: Aguilar.